

ideó vender la Luisiana á los Estados-Unidos, por ochenta millones, debiéndose de ellos destinar veinte para indemnización de los ciudadanos americanos que habían recibido daños indebidos en la última guerra, esto es, por presas ilegales. Esta venta escandalizó á los ministros españoles; á los franceses les pareció una excelente idea. No tenían interés alguno en la Luisiana, por consiguiente, para ellos, todo eran beneficios.

Reclamamos más ó menos enérgicamente contra un acto consumado del cual no se podía pedir satisfacción más que por las armas, y como estas, por nuestro estado, nos estaban poco menos que prohi-

bidas, sufrimos resignados los desaires que nos merecíamos por nuestra falta de energía y de dignidad. En efecto, ¿qué debía pensar Bonaparte de nosotros al ver que como compensación ó satisfacción de acto tan inconcebible, pedíamos que se diera á los reyes de Etruria la inmediata posesión de un patrimonio hereditario, Parma y Placencia? Cuando toda nuestra indignación por acto tan desleal y tan contrario á lo convenido en los tratados, se hallaba pronta á calmarse, á condición de que se satisficiera á unos príncipes italianos que no podían ser útiles á España en nada, bien podía Talleyrand justificar su venta por haber tardado España en hacer la pactada

*je le volue de insérer un de ses vieux Cordons,
Comité Desmoulins.*

CAMILO DESMOULINS (1760-1794)

Monge

MONCE (1746-1818)

*L'Édit que
à nous*

HOCHÉ (1768-1807)

Autógrafos revolucionarios

entrega de la Florida á Francia. En estas discusiones inútiles, se pasaron del 22 de Mayo al 10 de Junio. Es decir, cuando ya estaba formalmente declarada la guerra entre Francia é Inglaterra.

Inglaterra, aún cuando estaba bien convencida de que no había más recurso que la guerra para zanjar todas las cuestiones que se habían dejado en pié, propuso á Francia, dándole siete días para aceptar, su ultimatum,—25 de Abril á 2 de Mayo,—la ocupación por diez años de Malta, la isla de Lampedusa, la inmediata evacuación de Suiza y de Holanda y que se fijara una indemnización al Piamonte. Con estas condiciones, Inglaterra ofrecía reconocer la independencia de los nuevos Estados italianos.

A estas proposiciones que Bonaparte hubiera podido aceptar á pesar de las dificultades que había de encontrar para indemnizar el Piamonte, y que por lo menos hubieran aplazado la guerra por algunos años, contestó pidiendo que se entregara á Malta al emperador de Rusia hasta que se zanjaran las

cuestiones, habiendo conseguido con su habilidad, que Rusia y Prusia apoyaran esta proposición. Inglaterra que no quería por su parte abandonar á Malta, que le constituía una grande y admirable estación naval en el centro del Mediterráneo que podía hacer poco menos tan inexpugnable como la de Gibraltar, se negó á escuchar tales proposiciones. Bonaparte que tenía necesidad de ganar tiempo para que la guerra no le encontrase falto de toda clase de recursos y que estaba realizando en estos días la venta de la Luisiana que podía darle en España un nuevo enemigo, propuso dejar á Malta en posesión de los ingleses por tiempo indeterminado, pero á condición de que se cediera á Francia el Golfo de Tarento. Lord Whitworth declaró que no podía convenir en nada de lo que se le pedía, y que no tenía más remedio que marcharse si de una manera formal no aceptaban las proposiciones de su gobierno. Bonaparte hizo entonces dar al embajador inglés sus pasaportes, y el embajador francés, gene-

ral Andreossy, recibía los suyos el 12 de Mayo de 1803. La paz de Amiens había durado poco más de un año.

Al manifiesto de Inglaterra contestó Bonaparte personalmente.

Con su pluma no menos acerada que su espada escribió el siguiente artículo que publicó el *Monitor* y que es de leer para conocer el genio de Bonaparte en todos sus aspectos y por lo bien que pinta la política inglesa que había de darle nuevamente razón el 13 de Mayo como luégo diremos.

Dice el artículo:

«Algunos paquetes de mercancías inglesas, que

no se reciben libremente en Francia, mientras que los ingleses rechazan nuestros productos territoriales; algunos agentes comerciales que piden sondas de los puertos y planos de ciudades impresos en todas partes, mientras nosotros acojemos, sin desconfianza, millares de ingleses que vienen á visitarnos; algunos cantones suizos que Francia no ha querido dejar que se arruinasen, ni destruirse por medio de disensiones intestinas, ni dejar que fueran invadidos por una guerra extranjera, mientras que los ingleses envían emisarios, armas, municiones y planos de exterminación civil; algunas tropas estacionadas en Holanda, mientras que los

Vergniaud

VERGNIAUD (1753-1793)

Guadet

GUADÉT (1755-1794)

*Après, je vous prie de
Solemniser Roland in Egypte!*

M^{me} ROLAND (1756-1793)

Autógrafos revolucionarios

ingleses organizan planos de invasión sobre esta comarca y sus colonias; algunos obstáculos puestos por Francia á Inglaterra para impedirle que renueve la guerra en el continente con sus intrigas diplomáticas, mientras que los ingleses envían emisarios en todas las partes de Europa para ver como legitimar su furor de guerrear todavía con Francia; algunas invitaciones hechas á los ingleses para que evacuasen á Malta á fin de ejecutar el tratado de Amiens, mientras que ellos se quejan en sus diarios que Francia no lo ejecuta por su parte; algunas ideas sobre que Francia desearía todavía el Egipto y las islas Jónicas, mientras que los ingleses dejan sus tropas en Alejandría un año después de firmado el tratado de Amiens, y no abandonan á Malta; algunas conversaciones redactadas inexactamente é interpretadas sin buena fe, mientras que los ingleses no cesan de ultrajar la Francia en los diarios y de insultar al jefe de su gobierno: tales son, sin embargo, las causas graves y legítimas de la guerra justa

y necesaria, causas oficialmente presentadas por su Majestad británica, que declara al final de su Manifiesto: «no estar animada más que del sentimiento de lo que ella debe al honor de su comercio, á los intereses de su pueblo, y del deseo de detener los progresos de un sistema que, si no encuentra obstáculos, puede resultar fatal á todas las partes del mundo civilizado.....»

» ¡Vos, rey de la Gran Bretaña, ¡y cómo! ¡vos habláis del honor de vuestra corona, para hacer de nuevo la guerra y os basáis en el honor de vuestra real palabra para anular un tratado solemne de paz! ¡Vos, vos estáis penetrado de los intereses de vuestro pueblo, que no podía contener su júbilo cuando firmasteis la paz, y todavía invocáis los intereses de ese mismo pueblo cuando vuestra declaración de guerra contrista á todas las clases pensadoras, propietarias é industriales de Inglaterra! ¡Vos habláis del deseo de contener los progresos de un sistema que puede ser fatal á todas las partes del

mundo civilizado, y para mejor civilizar el mundo, le lleváis todas las calamidades de la guerra!

»Y ¿de qué sistema entendéis hablar? ¿es de ese sistema de autoridad, de dominación y de acrecentamiento de que vuestros ministros y oradores ministeriales no cesan de acusar la Francia, para ocultar á las otras naciones la potencia colosal, la insaciable ambición y el crecimiento perpétuo de Inglaterra? ¿Entendéis hablar de la energía, de la ambición y de la vasta política del primer Cónsul, que vuestros periodistas y vuestros diplomáticos no cesan de calumniar cerca de los gobiernos extranjeros? ¿Que vuestros libelistas periódicos, oradores ó diplomáticos depriman cuanto quieran una vida tan gloriosa y un gobierno tan enérgico; que, en su estilo tan injusto y contumelioso, llamen la dignidad que caracteriza al pueblo francés, orgullo; su imperturbable constancia en el bien, obstinación; su energía profunda de ejecución, dureza; su deseo pronunciado de no dejar que jamás se ultraje la nación francesa, arrogancia; su modo de ver y sus medidas para la seguridad y defensa del mediodía de Europa, ambición; tales censuras no probarán jamás que el genio no sea el genio; que el querer la paz á costa de tantos sacrificios no sea el amor inalterable de la humanidad; que resistir á las invasiones y á las perfidias de Inglaterra no sea defender su país y mantener á Europa; lo que sólo probarán es que las ideas conciliadoras y pacíficas de Bonaparte fueron desconocidas y calumniadas en el palacio de Windsor, y en las salas de Westminster. Y aquí hacemos punto, que no se trata de un hombre ni de algunos elogios, sino de la paz del mundo.

»Pero, ¿á qué tribunal se deben llevar tales cuestiones? es ante el de Europa entera y ante el de la posteridad, que la República francesa citará á Inglaterra. ¿Hay causa más importante que aquella en que los beneficios de la paz y las calamidades de la guerra están en la balanza, que la que pone en cuestión la violación de los tratados y los derechos de los pueblos, sólo por algunas pasiones vergonzosas, y en la que se ve á dos grandes gobiernos como partes, y al mundo entero por tribunal? ¿De qué parte está el espíritu de ambición, de engrandecimiento, de agresión y de preeminencia universal?

»Francia posee con sus armas todos los países que van desde el mar del Norte, hasta el mar Adriático, y desde el Danubio al canal de Mesina. ¿Qué ha hecho para la paz general? Ha hecho á Baviera dueña de su casa; ha restituido á Suiza su independencia con sus antiguas constituciones; ha cedido el país veneciano á Austria; se han concedido á los

electores del cuerpo germánico indemnizaciones territoriales; las islas venecianas regularizan la forma de su gobierno bajo la influencia de Rusia y de la Puerta; la Italia ve como se establecen las repúblicas luquesa, italiana y liguriana; las tropas francesas evacuan los Estados del Papa y el reino de Nápoles; la Etruria recibe un rey; las tropas francesas casi á las puertas de Viena, regresan hasta ponerse detrás de la orilla izquierda del Rhin; el Portugal es evacuado y se le devuelve su independencia. ¡Ah! si Francia hubiese tenido proyectos ambiciosos é ideas de engrandecimiento, ¿no habría conservado á Italia entera bajo su influencia directa; no habría extendido su dominación por la Batavia, la Suiza y el Portugal? En vez de este fácil engrandecimiento, presenta una sabia limitación de su territorio y de su autoridad; sufre la pérdida del inmenso territorio de Santo Domingo, así como la de los tesoros y ejércitos destinados á la restauración de esa colonia... Hace, en fin, todos los sacrificios para obtener la continuación de la paz.

»Inglaterra, por lo contrario, se apodera enteramente de la isla opulenta de Ceilan y de toda la navegación del golfo de Bengala, adquiere la importante posesión de la Trinidad; intenta por medio de un tratado secreto con los mamelucos invadir el Egipto, suministrándoles armas y municiones, y no abandona á Alejandría sino mucho tiempo después de los plazos convenidos, y porque le espantan la desolación de la peste. Viola el tratado de Amiens para quedarse con Malta, para alejar á los corsarios berberiscos, para hacer el comercio exclusivo del Adriático, del Levante, de los Dardanelos y del mar Negro, y para prohibir á todas las naciones la navegación del Mediterráneo; reúne, en fin, todos sus esfuerzos para hacer perder la isla de Santo Domingo á Francia y para impedirle de disfrutar de la Luisiana, excita las disensiones en los cantones suizos, y suministra municiones y armas para su exterminio civil; envía escuadras á los mares del Norte, delante del Texel y de la Mosa, amenaza con invadir la Batavia; desea la Sicilia, pide la isla de Lampedusa y ocupa la de Cerdeña. Las cuatro partes del mundo, los golfos, los cabos, los estrechos, las colonias opulentas, no pueden satisfacer su cupidez política y comercial. Su avaricia y su ambición están, por fin, al descubierto. La máscara cae; Inglaterra no asigna á la duración de la paz más que treinta y seis horas. Especula con la guerra súbita para apoderarse en medio del Océano de las riquezas depositadas desde mucho tiempo antes, y que las colonias españolas, portuguesas y batavas envían á sus me-

trópolis, lo mismo que de los navios de la República y de los buques de su comercio apenas regenerado. Inglaterra, para satisfacer algunas pasiones rencorosas y sobrado fuertes, turba la paz del mundo, viola sin pudor los derechos de las naciones, pisotea los tratados más solemnes, falta á la fe jurada, esta fe antigua, eterna, que hasta conocen las hordas salvajes y que religiosamente respetan,

»Un solo obstáculo le detiene en su marcha política y en su carrera ambiciosa, la Francia victoriosa, moderada y próspera; su gobierno enérgico é ilustrado; su ilustre y magnánimo jefe: hé aquí los objetos de su delirante envidia, de sus ataques reiterados, de su odio implacable, de su intriga diplomática, de sus conspiraciones marítimas y de sus denuncias oficiales á su parlamento y á sus súbditos. Pero Europa observa; Francia se arma: la historia dice que Roma destruyó á Cartago.»

Inglaterra acogió esta declaración de guerra con el más vivo entusiasmo, pero Bonaparte no se había equivocado. La primera medida adoptada fué la de apoderarse desde el 13 de Mayo de las embarcaciones francesas y batavas que estaban en sus puertos, ó pudo alcanzar en el mar, 1200 buques franceses y holandeses cayeron de esta suerte en su poder. Jamás la piratería se había ejercido en tan grande escala y con tanta impunidad. Pero se dirá que Inglaterra había comprendido que en Bonaparte no podía tener más que un rival, y que se levantaba ahora decidida á realizar el programa de Bonaparte, ó Inglaterra ó Francia.

Votaron las Cámaras el levantamiento en masa de la nación, pero no sólo debían los soldados disponerse para defender la patria, sino para salir del reino para donde fuera necesario. «El entusiasmo era general,»—dicen los redactores de la *Revista Británica*, autores de la *Historia de Inglaterra*,—«todas las clases de la sociedad se alistaban con afán y formaban asociaciones de voluntarios. El príncipe de Gales dirigió una carta al primer ministro, pidiéndole ser colocado á la cabeza del ejército para que su ejemplo aumentase, si dable fuese, el entusiasmo de la nación. El ministerio le contestó que si el enemigo desembarcaba en el país, el príncipe tendría la ocasión de manifestar su valor á la cabeza de su regimiento; pero que por razones de Estado el rey no podía consentir que asimilándose el príncipe de Gales, á un oficial, ocupase en el ejército un grado, aunque fuese superior. Además de los voluntarios, aumentóse considerablemente el efectivo del ejército de mar y tierra.

»El Parlamento por su parte se dedicó á cubrir

los gastos que iba á causar tan grandioso armamento, y con este objeto aumentó los derechos de Aduana sobre el azúcar, sobre los géneros de exportación, sobre el algodón y tonelaje de los buques; impusieron nuevos derechos de consumo sobre el té, el vino, los licores y la cerveza. El catastro se fijó en un chelín y nueve peniques, ó sean tres cuartos de chelín por individuo; por veinte chelines de renta sobre las propiedades, debiendo el propietario pagar un chelín, y nueve peniques ó sean tres cuartos de chelín, el inquilino. El producto neto de todos estos impuestos se calculó anualmente en doce millones setecientas mil libras esterlinas y debían recaudarse hasta el restablecimiento de la paz. Continuáronse los impuestos antiguos. Las sumas votadas por el Parlamento para el servicio del año corriente ascendieron á 41 millones de libras esterlinas.»

Bonaparte contaba para combatir con éxito á Inglaterra, con la posibilidad de un desembarco y con el auxilio de Irlanda.

La liga de los *Irlandeses unidos* había quedado en pie. Los más intransigentes habían tomado á mal el que el Parlamento irlandés hubiese votado la unión legislativa con Inglaterra y este acto de gran patriotismo era considerado como una traición. Así la conspiración continuó más activa que nunca, y como siempre se principió por contar con Francia. El agente principal era entonces el joven Roberto Emmet que tuvo varias entrevistas con Bonaparte.

No ignoraba nada de esto el gobierno inglés, siempre bien servido por su policía, y por esto al descubrirse la loca conspiración de Despard, bravo é inteligente oficial británico que se había propuesto matar al rey y cambiar las instituciones del país, procedió con desusado rigor contra un grupo de hombres sin significación y sin importancia. Despard y seis de sus cómplices fueron ejecutados. Irlanda no vió en Despard al oficial británico, sino al irlandés, pues, en efecto, que Despard había nacido en Irlanda, y esto mismo había sucedido en Inglaterra, pero nada ha justificado que Despard hubiera querido atentar ni contra la vida del rey ni como agente de Irlanda.

El movimiento irlandés, ya lo hemos dicho, lo dirigía Emmet, mozo de veintitres años, rico y de talento. Entusiasta por la causa de Irlanda, había resuelto sacrificarse por ésta, y, en efecto, por ella pereció inútilmente. Una inmensa desgracia precipitó el movimiento y fué causa de que á la vez perdiera Emmet la vida y Bonaparte la esperanza del auxilio de Irlanda.

Lord Kilwarden, presidente ó jefe de la justicia